

# Monstruos del mar

VV. AA.

Una antología NOCTE  
ideada y coordinada por Víctor Conde



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

[#monstruosdelmar](https://twitter.com/monstruosdelmar)

**Colección:** Tombooktu Fantasía y Terror  
www.fantasiayterror.tombooktu.com  
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
www.nowtilus.com  
Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
www.facebook.com/editortombooktu

**Título:** *Mostruos del mar*

**Autor:** © Asociación NOCTE

Copyright de la presente edición en lengua castellana:  
© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez

**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid

**Diseño de cubierta:** eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN Papel:** 978-84-15747-33-8

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-510-7

**ISBN Digital:** 978-84-9967-511-4

**Fecha de publicación:** Enero 2014

Impreso en España

**Imprime:** Servicepoint

**Depósito legal:** M-30787-2013

Sirenas, monstruos legendarios, tritones, nereidas, serpientes, leviatanes, lamias, terrores primarios asociados con los abismos profundos y azules... El miedo al mar infinito y oscuro ha llevado al ser humano a concebir las más espantosas pesadillas acuáticas, y a darles forma de mujer, de pez, de escamosas criaturas humanoides... Horrores ocultos que habitan nuestra memoria colectiva desde que el ser humano aprendió a mirar al mar y a temer sus misterios.

Ahora, catorce de los mejores escritores de terror de España, pertenecientes todos ellos a la asociación NOCTE, han dado rienda suelta a su imaginación para arrastrarnos por esos tenebrosos piélagos, para sumergirnos en el terror más puro y en la poesía más sobrecogedora, y hablarnos así de los misterios más antiguos que el hombre ha conocido: los que se esconden bajo la engañosamente plácida cadencia de las mareas.

Para Ruth, por tener tanta paciencia.

Glu, glu, glu.

# Índice

Prefacio .....	13
La mujer del mar Anna Morgana Alabau .....	17
El canto de Azalea Carlos L. Hernando .....	25
El día que dije no a un imperio o Verdades de una botella Ángel Luis Sucasas .....	33
El monstruo era ella Jacobó Feijóo .....	51
La mujer de agua Laura Luna .....	57
Aguas marrones David Marugán.....	69
La canción de las gaviotas Juan José Hidalgo .....	77

En sus sueños, mar adentro	
Juan Ángel Laguna Edroso .....	109
Arkhangelsk	
Ángel Villán .....	123
El faro del acantilado	
Joaquín Fernand .....	155
Este barco nunca dormirá	
José Alberto Arias .....	173
La sirena	
José Luis Cantos .....	191
La llamada de Dagón	
Rubén Serrano .....	199
El canto de la lamia	
Mikel Rodríguez .....	239
Biografías de los autores .....	251

## PREFACIO

Yo he vivido toda mi vida en una isla. Nací isleño, soy isleño y siempre pensaré y viviré como un isleño. Y aun así tengo miedo del mar.

El mar es un ente extraño, un poso de misterios que ha cautivado desde tiempos inmemoriales la imaginación humana y no siempre para bien. El mar es como una cortina opaca sobre la que navegamos, sobre la que podemos desplazarnos para viajar a lugares remotos, pero que esconde mil promesas de peligro. De todos los entornos naturales posibles, el mar es el único que es capaz de esconder algo terrible a pocos centímetros de ti e impedir que lo veas hasta que ese algo asoma la nariz y abre una inmensa boca festoneada de colmillos para devorarte. ¿Nunca te ha entrado pánico al asomarte por la borda de un barco, dejando que tu mano rasgue plácidamente la superficie reflectante de las aguas y pensar que justo debajo de ti pueden estar nadando criaturas monstruosas?

Si los antiguos griegos y cartagineses, hombres muy duros y veteranos navegantes curtidos desde niños en los peligros de los mares ignotos, le tenían al agua un respeto rayano con el terror, hoy en día, nosotros (patéticos blandengues de oficina que lo más exigente que hemos visto es una máquina de hacer kilómetros en un gimnasio) no deberíamos perder esa perspectiva.

A principios de 2012 tomé la decisión de continuar con mi saga de revisitación de los monstruos clásicos del terror. Por aquel entonces, la saga constaba de dos novelas publicadas, una sobre el zombie y otra sobre el licántropo medieval. Mucha gente me preguntó qué monstruo sacaría a continuación la papeleta ganadora.

¿Sería el vampiro, con toda su elegante pero mortal aristocracia? ¿Desempolvaría sus vendajes la momia egipcia con rasgos a lo Karloff, o saldría a relucir algo más esotérico como el fantasma victoriano de etéreas vestiduras?

Al final fue una de las criaturas que menos habría imaginado, incluso yo mismo: la sirena. No sé qué tiene ese monstruo en concreto que nos retrotrae a una época anterior, más atávica, tanto histórica como espiritualmente. Tal vez sea su protagonismo en la epopeya del gran Odiseo lo que la conecta con la raíz pura del imaginario fantástico occidental. O esa misteriosa dualidad mujer-monstruo, belleza-muerte, diosa-monstruo, que tan atractiva y a la vez aterradora resulta para los hombres modernos. Incluso estuve a punto de abandonar el proyecto cuando alguien me dijo que cierta autora muy famosa de novelas juveniles iba a dedicarle su próximo libro a una sirena (yo siempre he querido huir de modas y tendencias, y si me entero de que tal o cual tema está a punto de ponerse de moda en el mundo literario, lo aborrezco como al estiércol de vaca). Sea como fuere, al final la chica guapa con cola de pez se llevó el premio de la lotería y comencé una nueva novela con ella de protagonista.

Para apoyar la idea de recuperar el iconostasio de la sirena histórica, la que de verdad da miedo, alejada de las idioteces modernas de la literatura comercial, acudí a mis compañeros de la asociación NOCTE, un grupo de escritores de literatura de terror que sabía que iban a llevarnos a costas nunca surcadas por la pluma y la tinta. Y ellos respondieron de forma entusiasta... quizá más de lo que yo mismo esperaba, como comprobarán a tenor del grosor del presente volumen. Fue lanzar en la lista de correo de NOCTE la llamada, y durante los meses siguientes llovieron sin cesar en mi correo un cuento detrás de otro, cada cual más distinto e inquietante que el anterior.

En estos cuentos encontrarán aproximaciones muy diversas al mito original de la sirena. Leerán historias inquietantes, otras terroríficas, otras románticas, otras divertidas, otras conectadas con universos familiares e incluso algunas de ciencia-ficción. La consigna fue: escribid historias que jueguen con el concepto clásico de la sirena, pero alterándolo, manipulándolo, esculpiéndolo y disfrazándolo al máximo, de modo que logréis un acercamiento lo más innovador posible.

Creo sinceramente que lo han conseguido. Pero es que la cosa no se quedó ahí, sino que poco tiempo después se amplió.

Después de recibir los primeros cuentos, decidimos que el concepto «sirena» (aún en sus distintas encarnaciones mitológicas e históricas, léase merrows, náyades, nereidas, etc., —¿sabían que según ciertas leyendas del siglo XIV, algunas sirenas medían centenares de metros de longitud y parecían calamares gigantes?—) se quedaba muy corto para todo lo que queríamos contar sobre el mar. Así que tomamos una decisión drástica, que cambiaba completamente el objetivo de esta antología: Ya no sería únicamente la sirena la protagonista de las historias, sino que dábamos carta blanca a los autores para que escogiesen su monstruo marino favorito.

Y ahí fue cuando la cosa se desmadró, en el buen sentido de la palabra.

Fue entonces cuando entraron en juego los pulpos gigantes, los leviatanes, las lamias, los profundos de Lovecraft e incluso unos cuantos Primigenios más. Hasta el mismísimo Océano como ente y concepto acude para protagonizar su propia historia. Y la antología se enriqueció, porque se volvió más ecléctica. Y ya no se llamó por más tiempo «antología de sirenas» sino «los monstruos del mar», que suena mucho más variado.

Así pues, os invito a pasar la página y abrir este cofre de tesoros, más de uno de los cuales encerrará una terrible maldición que os subyugará para siempre. Asomaos por la borda de esta pequeña y frágil barca de sueños, dejad que repose con placidez vuestra tierna mano sobre la cristalina superficie del agua... que algo informe y gelatinoso, tenedlo por seguro, ascenderá desde las gélidas profundidades para amputárosla. Avisados quedáis.

# LA MUJER DEL MAR

Anna Morgana Alabau

Después de que una ola furiosa rompa contra las piedras del muelle o devore a su paso los guijarros de la playa, se crea en el agua un remolino con la misma fuerza exacta, con el mismo poder de destrucción, que arrastra hacia su interior todo cuanto le rodea. Es un hecho innegable, una verdad que todo pescador debería comprender. Aun así, para algunos existen evidencias veladas a nuestros ojos hasta que nos encontramos en el centro mismo de la espiral de muerte y caos que nos arrastra hacia lo más profundo del sufrimiento. Entenderlas entonces no significa nada.

Megara solía mirar el océano al otro lado del cristal resquebrajado de la cocina. Cerraba los ojos e inhalaba el yodo y la sal que se colaban por las pequeñas grietas del vidrio y por la madera hinchada del marco de la ventana. Podía pasarse allí horas, contemplando el vaivén de las olas bajo los barcos pesqueros. Durante aquellos momentos parecía estar en una paz absoluta. Sus ojos adquirían la profundidad y el azul oscuro del mar. Peinaba su pelo rojo con los dedos, cortos, unidos por unas pequeñas membranas cerca de las palmas, y sus labios reseguían incansables palabras que ya no podía pronunciar. Jamás, en ningún otro instante de su existencia en esa casa, había estado tan hermosa como en aquellos momentos de contemplación. Cuando me sorprendía observándola,

sin embargo, su gesto se ofuscaba y se oscurecía, sus labios se contraían en una mueca de profundo desprecio y sus facciones se endurecían de tal manera que mirarla llegaba a doler.

Yo solía disculparme con un ademán avergonzado, rascarme la cabeza con nerviosismo o mirar al suelo con tanta insistencia como si pudiera arreglar la madera carcomida. Pero no podía, así que me limitaba a dejar mis aparejos de pesca a un lado de la puerta, quitarme las botas de agua junto a la alfombrilla de la entrada y mirar de reojo a aquella mujer cuyo odio sentía arañarme la piel y que era lo único valioso que había conseguido en toda mi vida.

La perspectiva del tiempo añade otro punto de vista a las vivencias, aunque ello no nos hace más sabios, sino más culpables. La verdad de lo que Megara era, de dónde venía, de las consecuencias que podía acarrear haberla conseguido, había estado siempre allí y yo lo sabía; pero no podía evitar quererla desde el instante en que la vi, a pesar de lo que suponía.

Los primeros meses habían sido difíciles y felices, a partes iguales. Cualquier cosa que deseara, ella la cumplía sin desagrado ni malevolencia. Su sonrisa iluminaba cada rincón de la oscura cabaña al pie del acantilado. Algunas veces, cuando una tormenta cruel se desataba en el horizonte y parecía que el mundo fuera a llegar a su fin, Megara se acurrucaba contra mi pecho hasta que las olas dejaban de fustigar la playa. Por la mañana, el mar nos regalaba las riquezas arrebatadas a algún barco naufragado, cosa que nos permitía arreglar nuestra pequeña casa y vivir holgadamente durante algún tiempo, tras el cual otro naufragio premiaba de nuevo nuestro amor y nuestra constancia. O así lo quise creer.

No obstante, tras cada tempestad la cordura de Megara parecía menguar un poco más. Sentada tras la ventana de la cocina, contemplaba las riquezas esparcidas por las olas a la luz del amanecer y, tan pronto como yo salía a recoger los frutos que nos ofrecía el implacable mar, revolvía desesperadamente cada rincón de la cabaña, haciendo pedazos cualquier obstáculo con el que se encontrara en su irrefrenable aunque infructuosa búsqueda. Cuando entraba de nuevo en la cabaña, con las manos y los bolsillos repletos de oro, joyas o especias

# EL LLANTO DE AZALEA

Carlos L. Hernando

El mar es un lugar repleto de criaturas extrañas, perversas, malévolas, cuyas intenciones, apenas discernibles, hablan de terrores ciegos, de destrucción y de una crueldad más allá de toda lógica.

El mar es un lugar repleto de humanos. No son inmortales, no son fuertes, ni siquiera respiran bajo el agua. Pero son muchos y poseen extraños y enormes artefactos metálicos que devoran océanos y roban la vida. Son capaces de matar a la más grande bestia o, cuando se les antoja, de arrasar incontables kilómetros cuadrados de lecho marino. Otras, las peores, emponzoñan las aguas con una sustancia negra, viscosa y mortal. Los seres humanos batallan contra el mar, contra todo cuanto mora en él. Y van ganando.

No siempre fue así, por supuesto. Antaño, hombres y mujeres apenas se atrevían a perder de vista la costa, y sus ridículas embarcaciones no eran más que juguetes para el viento y las olas. Eran tiempos más sencillos, más románticos. En aquel entonces ocupaban un lugar adecuado e inferior al de las criaturas marinas y podían ser amonestados si se dejaban llevar por su orgullo.

Eran tiempos en los que una sirena podía decidir si merecían su amor o su furia, siendo ella juez y parte como le correspondía por derecho.

# EL DÍA QUE DIJE NO A UN IMPERIO O VERDADES DE UNA BOTELLA

Ángel Luis Sucasas

*A Nick Nolte, el más grande de los viejos.*

Puedes encontrarte cualquier cosa en la bahía. Toda la basura viene aquí. Colinas y colinas de chatarra de este y otros muchos mundos.

Cualquier cosa.

Cualquiera que se te ocurra.

Vivir aquí es cómodo. Sucio, sí. Sin esperanzas, también. Pero muy cómodo.

Los viejos como yo lo tenemos muy fácil con el Concilio. Todo lo que encontremos dentro de nuestro dominio es cosa nuestra, ya sea un compilador de materia con el acelerómetro roto o una oruga de placer cargada de psicotrópicos en mal estado. Tenemos nuestro pequeño reino de mierda definido por el tratado. Y dentro de él, somos absolutos soberanos.

A los imperios, alianzas y confederaciones poco les importamos. Aquí sólo estamos los viejos, los fracasados y los que no aguantan más el contacto con otra gente. Los que sólo esperan la muerte, vaya. ¿A quién le vamos a importar una mierda?

Eso sí, aunque nosotros no importemos, lo que hacemos sí importa. Según los archivos de la Biblioteca, el universo

civilizado se expande en unos diez millones de planetas. Y en todos ellos tienen el mismo problema: aburrimiento.

Nosotros los sacamos de su letargo. Nosotros tenemos la chispa que en las grandes metrópolis se agota muy pronto. Tenemos tiempo. Y silencio.

Con eso basta.

Nos valemos de cualquier material, cualquier deshecho (orga o arti) y lo transformamos en otra cosa. Se puede decir que vendemos baratijas. También se puede decir que son obras de arte.

En realidad, si lo piensas, tiene su gracia. Tomamos aquello que ya no tiene lugar en el mundo vivo, lo transformamos, lo empaquetamos y lo mandamos de vuelta. Nuestras obras pueden permitirse una segunda oportunidad.

Nosotros no.

El día que comienza esta historia me encontraba trabajando en mi nueva lámpara. Por cierto, eso hago. Lámparas. Puedes darme cualquier cosa; el mayor pedazo de mierda que imagines; y, con tiempo y paciencia, te devuelvo una hermosa lámpara. Porque pueden haber cambiado muchas cosas. Pero allí donde hay ojos humanos, hay miedo a la oscuridad. Y las lámparas ayudan, si no a vencerlo, sí a olvidarlo. Al menos, mientras están encendidas.

En fin, que me encontraba, como decía, trabajando en mi lámpara. Modestia aparte, era muy hermosa. Me la había encargado una cónsul de Nueva Esperanza, que, por si no lo saben, es una de las colonias del brazo Escudo-Centauro más salvajes de la galaxia. Como cualquier otra cosa en la Vía Láctea, dime quién dices ser y te diré lo que no eres.

El caso es que la cónsul, como todos los políticos, presumía de gustos refinados. Y era neo-budista, lo que complicaba la ecuación. Pero mis últimos trabajos para el Convenio no habían sido bien aceptados, por razones que no vienen al caso, y corría el riesgo de que me arrebataran mi peculiar feudo en la bahía. Si las cosas no mejoraban, podían mandarme tan lejos como al desierto de grafeno. O aún peor, darme Rejuv y reintegrarme en la sociedad galáctica. Si este fuera el caso, me aseguraría de llevarme por delante a algún petimetre y

# EL MONSTRUO ERA ELLA

Jacobo Feijóo

Todo había sucedido muy rápido. Demasiado rápido, como pasa siempre. Ahora estaba viviendo en sus carnes lo que había leído tantas veces en las novelas góticas ambientadas en la mar. La tormenta, la zozobra, el naufragio. La soledad. La oscuridad. La congoja. El agua gélida. La confusión y las olas titánicas de fiereza ciega. El abrazo de la Líquida Dama.

Tildaba a la mar en femenino, pues consideraba que su carácter era cambiante, pasional, arrebatado, caprichoso. Así lo hacían todos los que tenían algún vínculo con ella. Otras veces, en el Caribe, era cálida, melosa, cautivadora, sensual incluso. Eran ambas facetas las que enamoraban a los marinos y luego los hacían estar tristes y mustios cuando, años después, la vejez los obligaba a desembarcarse. La mayoría terminaban alcoholizados sin saber adaptarse a tierra. Añoraban la compañía de su amada. Les fustigaba su ausencia. Se sentían como amantes abandonados a traición por una joven belleza que repudiaba su decrepitud.

Por suerte, su cabeza estaba lo bastante fría como para seguir automáticamente el protocolo de seguridad y pudo liberar una balsa salvavidas equipada para la supervivencia en alta mar. En ella había de todo: localizador GPS, agua, pastillas potabilizadoras, víveres, bengalas, anzuelos, una navaja multiusos... Eso lo tranquilizaba un poco en una situación tan desesperada. Luego, logró alejarse de la embarcación que

comenzaba a hacer agua irremisiblemente. A unas decenas de metros vio cómo fenecía en la mar, dejándose morir entre sus brazos viscosos y helados, desmayadamente.

La mar es una mozuela caprichosa y lo que reclama se lo queda para siempre. De sus tres compañeros, uno había desaparecido engullido por una ola violenta que sólo dejó caos a su paso en recuerdo de donde antes había habido un hombre, una existencia, una vida entera. Otro, el chico joven y rubio que sólo se había embarcado un par de veces, estaba muerto por un golpe agresivo de la botavara que le había dejado los sesos al aire y un charco de espuma bermellón en la cubierta del barco. El tercero se perdía metro a metro, alejándose, arrastrado por una mar que cobra su tributo, agarrado al cadáver de cabeza desfigurada de su (hasta el momento) compañero. Aunque intentó acercarse a él desesperadamente para ayudarlo con la lancha salvavidas, fue imposible.

Pudo ver sus ojos implorantes, oír los gritos desgarrados, afónicos, rotos, su pelo mojado derramándose por la frente en medio de la lluvia. Sus escasos minutos restantes de vida marcados por un fantasmagórico reloj de agua que se escurría llevándose su tiempo. Luego, vio cómo le rindieron las fuerzas y se zafó blandamente del muerto con un brazo, hincando la cabeza en su pecho y hundiéndose con él en un abrazo postero con la mar, que había decidido acoger en su seno a ambos, envolviéndolos con un capote oscuro.

De cualquier modo, pensó para aliviar la impotencia, en esa situación su amigo habría muerto por hipotermia en poco tiempo. No podía hacer nada más.

Se hizo el silencio mientras sucedía esa escena de incapacidad. Muchas veces, en medio del fragor de la confusión, sentimos cómo todo se ralentizaba. Durante un rato se quedó mudo mirando al pequeño remolino que se formó al morir su amigo. «De nosotros sólo quedan remolinos escritos en el agua», pensó. Estaba extenuado de remar hacia él y apenas se había movido un metro. Casi juraría que con un poco más de esfuerzo lo hubiese rozado, habría notado el calor humano de su compañero en la punta de los dedos. Pero ese esfuerzo no fue posible y ya no iba a serlo jamás.

# LA MUJER DE AGUA

Laura Luna

Tras tanto tiempo, volvió al río y se sentó en la orilla, como había hecho antes de que pasara aquello. Aspiró fuerte para sentir aquel aroma familiar de la hierba mojada, para sentir el perfume de ella. Y lo sintió, la sintió dentro de él, donde se había instalado para siempre.

Pero ella ya no volvería. Siempre había cumplido sus promesas. Nunca le mintió, era transparente, como el agua.

Con manos lentas, empezó a buscar piedras y a metérselas en los bolsillos. Pequeñas y medianas, todas valían y todas juntas pesaban; servirían.

Esperó, con la vana esperanza de verla de nuevo y pedirle perdón. Todo sería diferente, le diría, y no una promesa vacía y típica. Sería un propósito firme.

Y ella no iba a aparecer. Porque ya estaba con él, aunque no como él quería.

Con los ojos cerrados, se concentró en los dedos de brisa que le acariciaban el rostro y le atusaban el cabello. El viento arrastraba con él pequeñas gotas de agua que, al lloverle despacio sobre la piel, se imaginaba que eran sus dedos.

Las lágrimas corrieron sin pudor por su rostro y el rastro húmedo que le dejaban, a pesar de ser salado, era como los besos de ella, los besos que él cortó de golpe.

Se concentró en la primera tarde, cuando se conocieron.

Aquella tarde había dejado que el tiempo muriera a la orilla de aquel río tan anónimo que ni figuraba en los mapas, como era costumbre en sus tardes desde niño. No era por el dulzón olor de la hierba mojada, ni por el murmullo de aquellas aguas vírgenes de contaminación. Tampoco era por las cariñosas caricias del sol y la brisa primaveral. De hecho, acudía allí cada tarde de primavera, verano, otoño e invierno, y con más ilusión en los días de lluvia, ya que creía que eso aumentaba las posibilidades de ver satisfecha su curiosidad.

Junto con la niñez, había abandonado sus creencias en los Reyes Magos, en el Ratoncito Pérez y en los genios que habitan en lámparas, pero se había llevado a la adolescencia y a la vida adulta un clavo ardiendo que lo unía al mundo de la fantasía.

Pol, a sus treinta y dos años, creía firmemente en la existencia de mujeres de agua.

Las mujeres de agua eran una leyenda local que las describía como criaturas acuáticas, de las que se decía que poseían una belleza insuperable y el goloso don de conceder un deseo, por imposible que resultara, a aquella persona tan afortunada de cruzarse con una de ellas. Y Pol, que tenía inquietudes en su corazón que no podía calmar por sus propios medios, apostaba todas sus posibilidades en cruzarse con alguna de aquellas criaturas.

Y todas las tardes sucumbían en noches sin ningún resultado y Pol se retiraba cuando el sueño empezaba a domarlo. Una vez en casa, se ahogaba en una tristeza vieja y silenciosa, mientras Cendra, su fiel compañero y único amigo, un viejo pastor alemán de hermoso pelaje gris, le consolaba con el cariño que sólo una mascota sabe dar. Luego, a la hora de dormir, la tristeza abrazaba a Pol, esa tristeza que acompaña a la frustración ya conocida y repetida, y al recuerdo constante de la soledad, que se suele acentuar por las noches cuando uno se mete en una cama vacía.

Sin embargo, la noche de San Juan, lejos de las hogueras y las celebraciones alcoholizadas, el sueño sometió a Pol en un lecho de hierba húmeda, corteza de árbol con techo de ramas retorcidas y frondosas.

Se despertó con aquel tacto fresco y húmedo en la mejilla, como un lametazo y el corazón casi se le volcó cuando la vio.

# AGUAS MARRONES

David Marugán

Los cinco permanecían sobre la cubierta metálica, impasibles, observando al hombrecillo menudo y asustado que sollozaba a sus pies, temblando sobre un junco lleno de peces todavía vivos, aferrado a su largo remo. La luz débil del ocaso arrancaba del agua marrón los últimos destellos del día.

—Pregúntale a este enano cabrón quién ha hecho toda esta mierda —le dijo Gore al intérprete señalando con el cañón a los cadáveres descuartizados que bajaban por el río con una cadencia que casi parecía premeditada. Después se produjo un nervioso intercambio de palabras que naturalmente ninguno de los soldados comprendió. Gore se encendió otro puro y escupió las hebras de tabaco marrones en el agua. Levantó la barbilla impaciente, interrogando sobre el significado de la letanía exótica y balbuceante del hombrecillo.

—Dice que han sido los hijos de Lac Long.

Los cuerpos hinchados se sucedían lentamente rozando el casco de la PBR<sup>1</sup> con sus miembros desgarrados; mudos, con un rictus de dolor cerúleo congelado en sus caras podridas. Algunos tenían los intestinos fuera, flotando como ovillos blanquecinos mientras eran picoteados con avidez por los peces.

---

<sup>1</sup> El *Patrol Boat River* es un bote de patrullaje de ríos rígido, utilizado por la marina de guerra de los EE. UU. en la guerra de Vietnam.

—¿«Lac Long»? ¿Quién coño es ese? —espetó Gore, asqueado.

—Son sus ancestros, sus dioses —contestó el intérprete en tono distante—. Dice que río arriba están sembrando el pánico. Dice que es por el monzón. Los pone furiosos.

—Ya. Como las putas tortugas doradas, las libélulas que predicen el futuro y toda esa mierda amarilla. Vamos, dile a ese cabrón que deje de beber licor de arroz y que nos cuente por dónde andan esos hijos de puta del Tío Ho<sup>2</sup>, o dentro de diez segundos no tendrá donde ponerse ese sombrero de paja.

El hombre, como si hubiese entendido al americano, rompió a llorar con todas sus fuerzas, implorando con los dedos entrelazados. Gore hizo un gesto breve y uno de sus hombres saltó dentro del junco, que se zarandéó casi a punto de volcar bajo su peso. Sin mediar palabra lo agarró por el cuello con una mano y desenfundó una pistola con la otra.

—Que este cabronazo nos diga dónde están los del pijama negro o le vuelo la cabeza. —Amenazó Gore, inexpresivo, exhalando volutas azuladas de humo. El hedor del río a esa hora se hacía insoportable y las nubes de mosquitos flotaban ominosas en la ribera.

El intérprete se aclaró la voz con un carraspeo nervioso, le preguntó de nuevo con voz suave y pausada, casi con ternura. De forma repentina, la cara cianótica del hombrecillo (casi estrangulado) dibujó una sonrisa demente. Unos pájaros levantaron el vuelo al unísono desde las copas de los árboles que hundían sus raíces en el lodazal de la orilla.

Entonces comenzó el fuego.

Uno de los motores se quejó durante un par de segundos, luego arrancó con un estruendo infernal, agitando con fuerza las aguas achocolatadas. El artillero pareció despertar de un profundo letargo girando el cañón en todas direcciones, enloquecido, disparando a ciegas mientras gritaba «¡Emboscada!» sin escucharse así mismo, sin ser escuchado por nadie; astillando los bambúes y los troncos húmedos de los manglares

---

<sup>2</sup> Tío Ho en referencia a Ho Chi Min, presidente de la República Democrática de Vietnam entre 1954 y 1969.

# LA CANCIÓN DE LAS GAVIOTAS

Juan José Hidalgo

El canto de una gaviota. No el graznido, ese sonido desagradable con el que desgarran el aire. Una canción. Y en esa canción está el azul del cielo reflejado sobre las olas turquesa, el aire preñado de sal y especias de lejanos puertos. Flotaba en cada nota la espuma blanca, y dentro de su melodía se escondían turbulencias heladas.

Ella está allí, mirándole. Y sonrío. En su sonrisa están la canción de la gaviota y el rumor de la mar. En sus ojos, las piedras arrastradas por la marea.

Ella no tiene piel.

Llegó a la consciencia tan suavemente que por un momento pensó que estaba en una barca que encallaba en alguna playa tranquila. El sol acariciaba sus párpados con delicadeza, el salitre llenaba su nariz con fuerza, casi se atrevía a sonreír.

Entonces llegó el dolor. Tan veloz como un ave de presa sobre su víctima. Sin misericordia alguna. Nació de cada una de sus heridas, pero saturaban su cerebro de agonía. El cuerpo se le preñó de sudor, el gesto se le retorció involuntariamente y, para ahogar el gemido que amenazaba con desgarrar las paredes de su garganta, apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Intentó volver a quedarse dormido, volver a la playa con la canción de la gaviota y la sonrisa de ella, pero su mente ya

estaba despierta, y a lo único a lo que volvía era al fuego y el ruido.

La puerta se abrió de par en par, y por ella se fue el recuerdo del calor, de la luz, quedó sólo el frío y el dolor. El criado entró con paso firme y sin decir palabra alguna, como de costumbre. Era de piel morena y portaba ropas amplias y blancas, con un fez oscuro. Todas las veces que había intentado hablarle, el criado había respondido con ignorancia.

—Hola, amigo.

Aquella no iba a ser una excepción.

—No eres muy comunicativo, ¿verdad? —intentó continuar—. *Parlez-vous l'anglais?* —intentó—. *Sprechen Sie Englisch?* —Probó—. ¿Habla inglés? —Tampoco el español servía.

Era una rutina habitual, en la que se entretenía probando a sacar no ya una palabra, sino una reacción al criado. Así evitaba pensar en el dolor del antiséptico contra sus heridas, evitaba mirar la más grave de todas, la que casi le había costado la vida y la que más dolor le producía. Dolor físico, dolor anímico. Cuando el criado terminó de vendar el muñón de su pierna izquierda, él ya se había dado por vencido y se dedicaba a mirar la lámpara de estilo árabe suspendida en el techo y a escuchar a las gaviotas graznar.

Era una habitación hermosa, de techos altos adornados con molduras de estilo árabe, y un gran ventanal cubierto por cortinas dejaba ver a lo lejos el mar. Apenas había muebles, pero los que había, de madera oscura, tenían un aspecto regio y duradero.

El criado se marchó sin decir una palabra y, en cuanto se cerró la puerta, el fuego y el ruido volvieron a su mente. No había mar suficiente para apagar aquel fuego, ni habría tiempo en el mundo que le hiciera olvidar el ruido. Cerró los ojos y se dejó inundar por los recuerdos más recientes, como cada mañana desde hacía casi una semana.

Fuego en el cielo, fuego en la tierra. Fuego por todas partes. El mundo era una llama amarilla y ardiente que hacía crepitar su piel y su carne. Sus pulmones, llenos de ardor, intentaban arrancar una brizna de oxígeno de entre el humo que respiraba;

# EN SUS SUEÑOS, MAR ADENTRO

Juan Ángel Laguna Edroso

El viejo se había echado tanto ron en el té que Víctor empezaba a sospechar que la infusión no era más que una excusa. Él mismo sintió el impulso de aceptar, finalmente, un poco de aquel «reconstituyente», pero se recordó que estaba ahí por trabajo, no para abandonarse a fantasiosas disertaciones, por mucho que el lugar se prestase a ello. La acogedora chimenea, los sillones con orejas, la discreta iluminación...

—Podrá habilitar la estancia que desee del primer piso para las clases. No es necesario que usted mismo resida en la casa, pero convendrá en que es apropiado: la carretera no está en muy buen estado y en ocasiones, sobre todo en invierno, ha quedado cortada bien por las heladas, bien por algún árbol derribado.

Víctor asintió en silencio, sin saber muy bien qué decir. No veía mucha diferencia entre residir en el hostel del pueblo, a unos diez kilómetros de distancia, o en la propia casa. Ni en uno ni en otro iba a encontrar más actividad que la que le brindase su ordenador, sus libros y su propia imaginación. Antes de contestar a aquel estrafalario anuncio por palabras, no hubiera creído posible que existiesen lugares tan aislados en España. Había pasado toda su vida en Barcelona y, para él, playa era sinónimo de agitación y ambiente festivo. Casa Piovra, la mansión en la que residía el que a todas luces iba a convertirse en

su nuevo patrón, estaba en las antípodas de aquellos conceptos. Parecía sacada de una película de fantasmas de la vieja escuela: sombría, vetusta, aislada, desgastada por el tiempo... Incluso tenía un absurdo toque de cartón-piedra.

—Sé que es una propuesta inusual —repuso el viejo, como si se hiciera eco de sus reflexiones—. No obstante, espero que entienda mi postura: para una familia como la nuestra, la casa es más que un mero edificio en el que vivir. Ambas cosas, la familia y la casa, están inextricablemente unidas.

La mano del anciano danzó por encima de su cabeza en un gesto que abarcaba toda la estancia. La mirada de su invitado la siguió, hipnotizada, por lúgubres retratos familiares, polvorientas panoplias, blasones deslucidos y exóticas antigüedades. No era una decoración obtenida a fuerza de talonario y desprovista de significado, sino un complejo puzzle, un mosaico que, tesela a tesela, narraba la historia de la familia.

—No estoy muy seguro de entenderla —confesó, quizás ablandado por el calor de la chimenea y el cansancio del viaje—, pero le aseguro que trabajar aquí no me supone ningún problema. Al contrario, un cambio de aires me vendrá bien.

El viejo asintió despacio.

—El cargo de instructor (espero que no le importe que lo denomine así) es multidisciplinar. A juzgar por su currículum, no tendrá ningún problema en cubrir la parte científica: matemáticas, química, física... He visto que es incluso aficionado a la astronomía y que llegó a cursar cuarto de piano en el conservatorio. Supongo que nunca ha dado clase de estas materias, pero tampoco creo que sea un obstáculo insalvable.

—No, no lo será. Como le dije, he trabajado siempre con grupos de alumnos y con asignaturas de ciencias puras, pero la pedagogía sigue siendo la misma. De hecho, seguro que mejora el trabajo con un único alumno y con un temario más variado.

—Bien. ¿Ha leído *Los botes del Glen Carrig*? —siguió el viejo palpando el librito que había dejado en la mesilla cuando le recibió en el salón—. Es una novela de William Hope Hodgson.

Víctor cambió de postura, incómodo, en el sillón.

# ARKHANGELSK

Ángel Villán

—No puedo decirle más, comandante —escuchó Volkov por el auricular—. Mantengan su posición y actitud hasta que...

—Es del todo inaceptable. Llevamos tres días yendo a cagar de puntillas, señor.

—¡Comandante Volkov! No olvide con quién está hablando —le recriminaron desde el otro lado de la línea.

—Lo que no olvido es a las ciento cincuenta personas que dependen de mí, señor. Ciento cincuenta personas que llevan tres días aterrorizadas sin saber si pueden estornudar o no. Ciento cincuenta personas con los nervios a flor de piel en un submarino nuclear. Sin saber si la guerra ha estallado, si sus familiares están bien, o si todo se ha ido a la mierda.

—...

—Creo que al menos me merezco una explicación para saber con qué demonios estamos tratando.

Otros segundos de incómodo silencio, donde el tripulante podía imaginar a la perfección al comandante tapando el auricular y murmurando con los jefes de Estado.

—Hemos perdido el mar, Volkov. Estáis solos.

El Incidente kraken, como pronto se lo empezó a llamar en los medios sensacionalistas, fue mucho más allá de lo que suponía la bestia mitológica. Durante las primeras veinticuatro

horas se pensó que era algún tipo de fallo de comunicación con las embarcaciones. Pronto se dieron cuenta que este incidente era a nivel global, y la preocupación se convirtió en alarma cuando los barcos que debían regresar de alta mar parecieron haber desaparecido.

No tardaron en llegar los documentos audiovisuales, grabaciones de ciudadanos filmando desde la costa cómo los barcos parecían ser arrastrados hacia el fondo marino por cadenas invisibles.

Cuando los gobiernos recomendaron no adentrarse en el mar hasta esclarecer lo sucedido, el pánico cundió en la mayoría de las ciudades costeras. Se produjeron movimientos masivos de población lejos del mar, la mayoría de las islas decretaron la ley marcial y el ejército tuvo que hacerse con el control de los aeropuertos tras la avalancha de ciudadanos que pretendían alejarse del océano.

Las televisiones no tardaron en lanzar toda clase de teorías conspiranoicas acerca de lo que estaba sucediendo. Los tertulianos hablaban acerca de experimentos militares descontrolados, civilizaciones acuáticas, monstruos marinos, extraterrestres... A los pocos días ya había surgido un movimiento ciudadano que hablaba de la venganza de Gaia por degradar los mares; al día siguiente de popularizarse en las redes sociales dicha teoría, la portada de todos los periódicos era la de un activista echándose al mar en un pequeño bote portando una gran cartulina con el símbolo de la paz.

La fotografía fue hecha momentos antes de que el mar se tragase al ecologista.

Internacionalmente, los problemas logísticos no tardaron en llegar. Con el mar bloqueado por esa amenaza misteriosa que absorbía cualquier embarcación que se botase, la mayoría de las exportaciones quedaron paralizadas y el suministro de crudo por parte de los petroleros desapareció. Los satélites confirmaron que incluso las plataformas petrolíferas se habían volatilizado.

Tan sólo una semana después, la mayor crisis imaginable azotaba el mundo. Se contaban por decenas los nuevos conflictos bélicos. La mayoría de las fronteras habían sido cerradas

# EL FARO DEL ACANTILADO

Joaquín Fernand

Hacía muchos años que la luz del faro se perdía indiferente en la inmensidad del horizonte marino, sin más, sin objetivo ni interés en buscarlo, sin que abrazase ningún barco al que servir como guía. Era casi un faro olvidado, mantenido por la dificultad de una navegación ocasional frente al escarpado acantilado donde descansaba erecto e indiferente, allá donde una serie de piedras e islotes de tamaño inútil para el aprovechamiento humano sembraban de peligro las proximidades a tierra.

Una vez, pasar junto a aquel acantilado fue ruta de acceso, pero no lo era desde hacía demasiado. Otros puertos y otros faros conducían a barcos que iban por otras rutas mejores, más fáciles y efectivas. Si alguna vez sucedía, quienes navegaban bajo su luz no eran más que viejos pescadores de la zona en pequeñas embarcaciones de recreo, ridículas ante la presencia del armatoste de ladrillo perdido en el tiempo y en la historia cuya luz se hundía en la espesura de noches desterradas; pescadores y lugareños que sólo frecuentaban aquellas rocas en graves épocas de carestía y malos tiempos, pues parecía que las aguas que lamían el acantilado estaban malditas para la pesca, para la navegación, para la vida en el mar, por ser escarpadas, toscas, ásperas, frías.

Si bien de día el lugar era complicado por su fisonomía, de noche el mar inspiraba miedo. Las olas nunca se mecían

sino que atacaban la tierra por medio de aquel precipicio; el agua se impulsaba a sí misma hasta dispararse contra las rocas a la vez que dejaba escapar, desde las profundas y desconocidas entrañas del mismísimo mar, los alaridos salados de marineros muertos, de marinos en agonía, de humanos engullidos por las olas o arremetidos por bestias del mar; el agua iba a morir en rabiosas gotas hisopadas contra la pared del acantilado, el mar salpicaba su cuerpo en fragmentos violentos arañando la piedra, buscando su derrumbe progresivo en una batalla sin fin ni pausa.

Que el mar traía el eco recóndito de su insondable corazón hasta el pie del faro para comunicarse con tierra firme en una lengua ininteligible, todo el mundo lo sabía. Por supuesto, el primero era el farero, un hombre taciturno, silencioso, discreto, reservado. Hasta el lejano faro se accedía únicamente por una ondulada carretera de piedra que nadie recorría, ni tan siquiera el cartero o un repartidor eventual, por todo el tiempo que se perdía en caminarla cuando únicamente llevaba hasta el viejo faro, centinela sin alma, viejo espíritu que nunca fue lobo de mar porque sólo sabía del mar por verlo frente a sí. El salario era muy bajo, pero el oficio de farero era estable además de incluir una casa donde habitar, lo que aumentaba sus menguadas fortalezas para encontrar una mujer. Con la intermediación y ayuda del cura del pueblo, el farero logró una esposa con la que se casó y de inmediato le dio un hijo. Entonces el farero se sintió más completo, más satisfecho, más humano al lado de aquella mujer sencilla y servicial, hasta que el hijo, al poco de nacer, enfermó de gravedad. Fiebres, vómitos, náuseas y diarrea actuaban en el cuerpo del recién nacido sobre el que se aplicaban cuidados paliativos recomendados por el anciano doctor del pueblo cercano.

A pesar de la ausencia de mejoría, el hijo del farero permanecía estable a merced de los cuidados y la dedicación de sus progenitores. La monotonía frente al mar impetuoso era la voz de vida del farero, curtido en la reparación del edificio, la limpieza de las lentes de Fresnel, el engrasado de la maquinaria, el peligroso manejo de los agentes inflamables con que se hacía funcionar la lámpara, el sistema de señales de luz según las

# ESTE BARCO NUNCA DORMIRÁ

José Alberto Arias

Este barco nunca dormiré, lo sé bien. Aunque yo desaparezca, aunque quede desierto, nunca dormiré. Me he topado con todas las leyendas vivas: el *Holandés Errante*, el *Jian Seng*, el *USS Hornet*, el *Queen Mary* y, sobre todo, el peor de todos, el *Mary Celeste*. Naturalmente, no todos los barcos fantasma aparecieron juntos, sino a lo largo de estos meses a la deriva. Ahora estoy solo, y he perdido la esperanza. El *Esperanza Brava* no aguantará como lo han hecho estos barcos siniestros. No tiene la fortaleza ni el cuidado que tuvieron ellos, pero sí su maldición. Hace dos días, cuando desapareció Alisha, decidí arrojarlo todo por la borda. Sus pertenencias, el alcohol y el cuaderno de bitácora. Nunca aspiré a ser capitán de este barco, y por tanto no soy quién para mantenerlo a flote a pesar del miedo. Hay noches en las que tengo tanto que me quedo en cabina, temblando de pies a cabeza, prácticamente entre espasmos, con los dedos ateridos y agarrotados en torno al timón. Cuando pasa la noche tranquila, no hay problema; cuando aparecen los otros barcos o se oyen las voces, entonces rezo para ser el siguiente. Pero nunca lo soy.

El viaje comenzó por accidente. Cuando Alisha y Dennis vinieron de visita en el barco que acababan de comprar y tuvieron que ser rescatados en alta mar, no sabíamos nada de lo que

se avecinaba. En una noche de luna llena quedamos para hacer una moraga junto al mar. Se nos unieron Sergio y Koldo y entre vinos y caladas surgió la idea de aventurarnos los seis en un viaje épico, una de esas travesías que los hombres han aspirado a cumplir desde el principio de los tiempos, el hombre contra el mar, fuera de su medio, en medio del miedo. A veces, de niño, me aterraba pensar lo que ocultarían las toneladas y toneladas de agua, las criaturas inimaginables en las zonas sin explorar, los recodos más recónditos de los océanos, la negrura húmeda, seres ciegos que respiran el agua envenenada del fondo, que son de hueso para aguantar la presión del agua en sus cuerpos pegajosos. Con el tiempo se me pasó ese miedo, aunque siempre que nado temo que algo me roce la pierna y tire de mí abajo hasta transformarme en parte del mar. Eso fue cuando creía que existían los monstruos marinos. Ahora que lo sé, aquel miedo me parece estúpido. Ojalá fuera ese el miedo que me mantiene congelado en la cabina de mandos.

Éramos ocho. Sergio y Koldo con los dos críos, Alisha y Dennis, dueños del barco y capitanes (siempre hablaban en plural, siempre juntos, como si nada pudiera dividirlos), y por último Margot y yo. Estábamos listos para la aventura de nuestras vidas, y comenzamos sin problemas. Atravesamos el Atlántico hasta alcanzar el Caribe, siempre con el apoyo de los amigos internacionales de Dennis, que le aportaban el combustible y los víveres que solicitaba por radio. No supuso una odisea, sino un paseo prolongado. Sólo Alisha parecía tener problemas con el mareo provocado por el vaivén. A veces interceptábamos mensajes de otros barcos, la mayoría en lenguajes desconocidos. Bordeamos América del Sur hasta adentrarnos en el Pacífico, donde las leyendas sobre barcos malditos y fenómenos inexplicables cobraban vida como en ningún rincón del mundo. Los niños se mostraban irascibles, discutían a menudo con los padres y agriaban el ambiente tranquilo de las tres parejas.

Quizás por ello tardamos en percatarnos de su ausencia varias horas. Koldo llegó alterado, con el pelo sobre la cara y hecho un puñado de nervios. Los seis retomamos las labores de

## LA SIRENA

José Luis Cantos

Torres, de puro asombro, contenía la respiración y sus mejillas comenzaban a ganar una tonalidad cárdena.

A su lado, Villalba se llevaba las manos a la boca, sin creer lo que sus ojos veían.

Los cinco supervivientes, reunidos en torno al descubrimiento, guardaron silencio.

Sobre la piel áspera de la playa, inmersa en aquel corro de rostros desencajados, la sirena se retorció buscando una vía de escape, pero en tierra no era ni la mitad de ágil que en el agua, de modo que ante el mínimo intento de huida los hombres sólo tenían que juntarse los unos con los otros y cerrarle el paso.

—Cuidado, he oído que son muy peligrosas, que pueden arrancarte la cabeza de un mordisco. —Pedreño, escuálido como un cadáver, se aferraba al crucifijo que su esposa le había regalado cuando partieron del puerto de Cádiz, tantos y tantos días atrás.

—Pues yo creo que esta se ha quedado sin dientes —se burló Castro. El deje andaluz en su habla transformaba cada sorna en un puñal del que todos, excepto el capitán, recelaban—. ¿Usted qué dice, capitán?

El susodicho había quedado absorto y, desde que acudieron al oír a Torres gritar en el otro extremo de aquella cala

silenciosa, no había terciado palabra. El pelo castaño, pegajoso y sucio por el salitre. Los ojos azules, tan insondables como el propio mar, quebrados ante la imagen de aquel ser que durante tantos años había dado pábulo a los sueños de todo marinero.

—¿Capitán? —acució el contraмаestre.

—Átenla a un tablón, Castro —respondió como por acto reflejo, las órbitas abiertas, reverberando en el centro aquel azul indómito—. Que no se escape.

Nadie osó decir lo que todos pensaron, en lugar de eso, los hombres se miraron entre sí sin saber muy bien cómo encajar aquellas órdenes. En aquel mutismo ominoso, parecían esperar a que la propia sirena manifestara su opinión. Mas todos, sin excepción, convinieron en pacto mudo que la amargura que destilaban los ojos grises y ovalados de la criatura no conformaba ninguna respuesta, sino la reacción natural de un extraño entre extraños. Miedo a lo desconocido.

—Recogimos más que suficientes del naufragio, señor —apuntó Pedreño, presuroso por devolver a la situación la normalidad que ésta había perdido por completo. A ninguno se le escapaba el terror que movía sus palabras—. También tenemos cuerda, está algo podrida, pero creo que aguantará.

—Siempre podemos hacer más, hay palmeras suficientes en esta maldita playa. No será lo mismo que una buena maroma pero... —El contraмаestre, sin embargo, semejaba disfrutar ante la idea de retener a la hermosa oceánida.

—Hágalo, Castro —ordenó Belenguer girando sobre sus talones y separándose del resto—. Ah, y amordácela. No quiero comprobar si también son ciertos los mitos sobre sus cantos.

El capitán siguió caminando a largas zancadas, dejando huellas sobre la arena húmeda.

A su espalda, amortiguado por el rumor perpetuo de las olas lamiendo la orilla, creyó oír el inicio de un grito que fue apagado de inmediato.

«Tengo una buena tripulación», pensó con el corazón encabritado y el cuerpo preso de un profundo escalofrío.

# LA LLAMADA DE DAGÓN

Rubén Serrano

*A Xuacu, buzo y viejo lobo de mar,  
por sus sorprendentes historias sobre las profundidades submarinas.*

Mi nombre es Sonia Dueso y, como última superviviente de la tripulación del velero *Stella Maris*, me veo en la obligación de dejar constancia de los terribles e insólitos sucesos en los que nos hemos visto inmersos en los últimos días...

Créanme, preferiría no tener que hacerlo. No sólo por no evocar de nuevo tan espantosas escenas de horror, sino también para evitar toda esa caterva de apelativos desdeñosos con la que, seguro, me obsequiarán quienes lean esto.

Sé que pondrán en tela de juicio mi cordura (yo misma lo he hecho varias veces en las últimas horas), pero quiero que sepan que esta narración se ajusta fielmente a la verdad y que todo lo referido en ella ocurrió realmente... por fabuloso e increíble que parezca.

Mi marido, Bruno Cocchiola... Fue él quien nos embarcó a todos en esta disparatada empresa. Pero la culpa no fue sólo suya: nosotros tampoco le hicimos cambiar de opinión. De hecho, en aquel momento y según nos lo planteó, nos pareció una interesante aventura. De modo que nos lanzamos sin pensarlo, incapaces de imaginar siquiera la tragedia que se cernía sobre nosotros.

A pesar de ser un prometedor biólogo, Bruno se había sentido atraído durante los últimos años por una rama poco ortodoxa: la criptozoología. Sí, me refiero al estudio y búsqueda de hipotéticos animales desconocidos y no recogidos en los catálogos de zoología contemporánea.

Todo su afán era sacar a la luz alguno de los denominados *críptidos*, esos supuestos animales considerados ya extintos, pero presentes en la mitología y el folklore, y de cuya existencia sólo habría evidencias circunstanciales y testimoniales, o bien pruebas materiales consideradas insuficientes por la comunidad científica.

Ni nuestros amigos ni yo creíamos que quedaran en nuestro mundo especies secretas por descubrir. A lo sumo, pequeños invertebrados escondidos en las selvas tropicales o peces de los fondos abisales. Pero nunca ictiosaurios viviendo en lagos ni enormes homínidos en los bosques. Teníamos claro que *Bigfoot* o *Nessie* eran meras invenciones.

No obstante, Bruno no descartaba la posibilidad de que hubiera grandes criaturas desconocidas, seres cuya existencia no había sido probada aún, pero que estaban ahí, a la espera de que alguien como él demostrara su presencia en nuestro mundo.

Su interés y su atención estaban puestos en la cuna de la vida: el mar.

—Las aguas de nuestro planeta albergan una enorme biodiversidad —solía decirnos—; tan vasta que nuestro conocimiento sobre ella es mínimo: apenas sabemos nada de las maravillas que se ocultan en las profundidades submarinas...

—«Conocemos mejor la superficie de Marte que los fondos de nuestros océanos» —le parafraseaba Óscar entonces, repitiendo la expresión que Bruno más pronunciaba.

Sin embargo, lejos de desanimarse por la falta de fe de sus amigos, mi marido persistía en su argumentación:

—¡Exacto! Haría falta siglos de estudio para poder disponer de un inventario más o menos completo de todas las especies que habitan en ellos...

Eso no lo discutíamos. Y, de hecho, habríamos aceptado sus postulados de no ser por la circunstancia de que los seres que

# EL CANTO DE LA LAMIA

Mikel Rodríguez

Según reza una antigua inscripción en la portada de la iglesia de Otxate, cuando el mundo era joven sólo habitaban la tierra y los océanos seres primordiales a los que no resultaba agradable contemplar. Extraños y deformes, procedentes del vacío y las estrellas. En una época aún arcana, estos seres primordiales se ocultaron más allá del tiempo, pero dejaron su semilla. Cthulhu engendró a los seres de la tierra; Dagón, a los marinos, y Derleta, a los lunares.

Fruto de la impía unión de los hijos de Dagón y Derleta nacieron las lamias.

Ella observaba triunfante cómo su enemiga se arrastraba moribunda, mientras la sangre abandonaba su cuerpo y los estertores anunciaban su próximo fin.

La joven bajó del vagón entre la lluvia en el apeadero de Oronoz. Era noviembre y los días resultaban cortos, así que ya había anochecido. La estación estaba desierta y ella misma cargó con la maleta. Se desplazó una milla siguiendo las vías, observando con mal disimulado desprecio aquella línea metálica, aparentemente sin fin. Finalmente abandonó el tendido y tomó la senda que llevaba a Osinbeltz. Allí, el paisaje inalterado y familiar la hizo sentirse reconfortada. Las diecisiete viejas casonas del pueblo permanecían igual, luciendo aquel escudo

que ella recordaba. Sólo había un edificio nuevo, el palacio Gaiztarro, muestra de que el progreso, como por entonces lo llamaban, había llegado al valle. Al contemplar sus piedras de sillería, se estremeció.

Pero aquel no era su destino. A pesar de que el temporal arreciaba, cruzó el puente medieval y reanudó el camino por la embarrada vereda. Cuando concluyó su ruta descubrió que la heredad donde pensaba albergarse estaba totalmente desmochada: no quedaba piedra sobre piedra. Estalló en un rugido de rabia y retornó sobre sus pasos hasta Osinbeltz. Cuando atravesaba el puente que daba acceso al pueblo, la oyó. Reconoció enseguida su canto único, aunque nunca lo había escuchado antes. Se le erizó el cabello y un instinto atávico le hizo correr a buscar refugio en la villa.

Golpeó la primera puerta donde vio luz filtrándose por las contraventanas. Prosiguió con su enérgica llamada hasta que abrieron un portillo en la segunda planta.

—¿Qué desea a estas horas de la noche?

—Soy una forastera. ¿Hay alguna posada en el pueblo donde pueda hospedarme?

—Pruebe en Dagonalde, es el primer caserón junto al puente.

La joven tocó la aldaba del portalón y enseguida se oyeron pasos nerviosos. Una asustadiza mujer le flanqueó el paso. Era la dueña de la heredad, una joven viuda que la interrogó sobre sus intenciones.

—Mi propósito es alojarme en su mansión por algunas semanas. Deseo seguir una cura de reposo en el balneario de Elgorriaga.

—Ay, ene, ¿usted no tendrá la sarna, verdad? —dijo, retirándose un par de pasos—. Sepa que esta es una pensión muy humilde, aquí nunca se hospedan los clientes de la estación termal —objetó en un intento vano de aparentar finura—. Actualmente mi único huésped es un clérigo, el párroco del pueblo. Usted estará acostumbrada a comodidades que aquí no le podremos proporcionar. Sólo dispongo de una criada y es una tullida de la inclusa, una cojitranca un poco retrasada. Además,

## BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES

**Anna Morgana Alabau** (Ripoll, 1983) es escritora de terror, ciencia ficción y fantasía, además de animadora, correctora editorial y miembro de NOCTE. Con una antología propia, *El vástago de las tinieblas y otros relatos* (Eldalie, 2010), ha publicado cuentos en antologías como *Versículos prohibidos* (23escalones, 2011), *Crónicas de la marca del Este*, vol. II (Holocubierta Ediciones, 2012), *Legendarium* (Tombooktu, 2012) y *Las mil caras de Nyarlathotep* (Edge Entertainment, 2012). Sus aventuras literarias pueden seguirse en su web <http://deliriumtemenz.wordpress.com>

**Carlos L. Hernando** nunca se ha ahogado, pero si sigue buscando sirenas en mares de asfalto es probable que acabe asfixiado en su propia mente. Mientras llega ese momento, se dedica al periodismo, a la escritura y el desarrollo de videojuegos. Actualmente trabaja como analista de medios freelance para el extranjero. Ha participado en muchas antologías y espera que esta no sea la última. Hace poco ha fundado, junto con otras seis personas y una cabra, un estudio de desarrollo de videojuegos llamado Risin' Goat. La página web del estudio es [www.risingoat.com](http://www.risingoat.com). Su dirección de Twitter: @CarlosLHernando

**Angel Sucasas** es editor de contenidos y webmaster de Sci-fiworld, ha escrito cientos de artículos en papel para medios como *El País*, *Fangoria* y *Diario de Ferrol* y ha publicado numerosos relatos en antologías como *Historias Asombrosas*, *Calabazas en el trastero: Tijeras*, *Los nuevos mitos de Cthulhu*, *Antología Z6*, *Epic*, *Cryptonomikon* vol. 5, *Las 1000 caras de Nyarlathotep*, *King Kong solidario*, *Body Shots*, *Estrambóticos* o *Cuentos de un futuro incierto*. Es autor de dos novelas: *Hamelín* (23 Escalones, 2011) y *El encuentro* (NGC Ficción, 2011) y una antología de relatos en solitario *Áireán* (Sportula, 2013). Actualmente se encuentra trabajando en su cuarta novela, primera entrega de una saga sobre el mundo de los sueños protagonizada íntegramente por adolescentes.

**Jacobo Feijóo** es un coruñés licenciado en Derecho, profundo enamorado del terror gótico en general y del mito vampírico en particular. Ha sido premiado en dos concursos de microrelatos (Páginas de Espuma y Círculo de Lectores) y finalista en un tercero (Fundación Mezquita de las Tornerías). Ha participado en varias antologías de cuentos de terror en lengua gallega y ha publicado la novela *Sombras Hambrientas* (Literaturas com Libros). Es coautor de dos librojuegos titulados *En la feria tenebrosa* e *Infección*, editados por Saco de Huesos. Actualmente, orienta toda su creación literaria a este tipo de literatura lúdica.

**Laura Luna** (Esplugues de Llobregat, 1984) ha cultivado la escritura desde los nueve años de edad. Miembro de la Asociación Española de Escritores de Terror NOCTE, su primera publicación en papel es el poema «El beso» en la antología *Poemas para un minuto II*, de la editorial Hipálage. Ha participado en las revistas *Ícaro Incombustible*, *Valladolid Fantástica* y *Cuentos de un Futuro inCierto*.

**David Marugán** es un escritor de relatos de terror, lector compulsivo y aficionado a la historia, miembro de NOCTE (Asociación Española de Escritores de Terror). Ha participado en varios concursos y ha publicado el relato «El informe» en la antología *Calabazas en el trastero: Monstruos de cine* (Saco de Huesos Ediciones, año); también ha publicado «Crisantemos» en